

Una respetuosa reverencia

de Carlo Emilio Gadda

Traducción de Enrique M. Butti

La casita de persianas verdes está abrazada por una guardia de cipreses y dista no menos de cuatrocientos metros de Villa Guidi y cien de la avenida. El tranvía número 13, después de las nueve, pasa cada hora, hasta medianoche. Desde la orilla opuesta del río se vislumbra la breve serie de ventanillas iluminadas que arrastran hacia la soledad y la oscuridad de la avenida un signo del mundo todavía desvelado, todavía atento: las ventanillas se ven correr a lo largo del aterrador negro que los tilos han coagulado sobre los muros. De la ciudad allá arriba, las torres de madreperla, las luces de los puentes parecen amistosas y cercanas: un grito, se diría, un grito podría alcanzar las almenas de las torres, descender hasta las mesitas de los bares, hasta la gente que se está refocilando con helados. No, ningún grito sería oído en los bares: ningún grito que hubiese escapado de la casita de persianas verdes, a cien metros de la avenida tenebrosa. No podrían oírlo ni siquiera el conductor ni el guarda del tranvía número 13, dado que el armatoste, volteando y trepidando en cada ensamble de las vías produce tal ruido que los ensordece, los obliga a hablarse en voz muy alta. Y, después, apenas ha pasado el tranvía, todo está oscuro de nuevo; y los grillos son los únicos dueños de la noche, de las colinas. Los grillos, si bien eternos, no pueden testimoniar acerca de nada, ni ir a la comisaría a contar nada, a los vigilantes, nada, ni llamar a la gente.

136 137

*

La gente, por otro lado, sobre todo las mujeres, pero también los empleados de los negocios de allá abajo, de la zona comercial del suburbio, incluida alguna persona muy seria, hacían correr la voz de que la señora Esther oficiase de... es decir: que fuese muy hospitalaria con ciertos conocidos, en general distinguidos. El desierto lugar, decían, resultaba propicio para la hospitalidad. Por cada señor que se veía detenido en el portón de la casita solitaria, esperando la apertura automática de la cerradura, poco después o poco antes había estado una señora, en el mismo portón, con la misma distinción y con la misma actitud de espera. Los chicos lo habían notado.

Otra opinión era en cambio que las raras visitas, masculinas y femeninas, no tuviesen ninguna relación entre sí. Las mujeres eran viejas amigas, o una enfermera, o la modista, o una compañera del colegio de tantos años atrás, o jovencitas que recurrían a la señora Esther por un consejo, para informarse dónde podían hacerse el ajuar a precio conveniente. Los hombres, pocos y serios, eran ellos también conocidos perfectamente inocuos: el de los impuestos, el de la luz, el del gas no, que no llega hasta allá arriba; o el abogado Farri, o el médico, aparte de algún cadete con el pedido del almacén, o de algún pobre que pedía limosna. Dos o tres predilectos del corazón, quizás, ya ancianos jubilados; a quienes, se decía, la vieja amiga no tenía fuerzas para negarles una ayuda en la indigencia de los tiempos

nuevos y terribles, una “facilitación al contado”, como la llamaban ellos, con una doliente sonrisa: en los días de penuria hacia fin de mes, especialmente.

*

Cuando al cavalier Barbetti le tocó darse coraje, a él también, como tenemos que dárnoslo todos, y hubo amontonado los oros y las joyas de su recordada Irma, la inolvidable compañera de treinta y tres años de vida (hacía justo un año que le faltaba), y a esos oros los hubo envuelto en un cucurucho de papel como de caramelos o manés, al cucurucho se lo metió en el bolsillo, con toda la consideración posible. Se estudió en el espejo, se dio vuelta, dobló el cuello para tratar de verse... de costado, ya que de atrás no podía; se atusó los bigotes, se despidió con una ligera reverencia, llena de decoro y de aflicción: el ensayo general, seguramente, de aquello que haría ante la señora Esther. Tomó el bastón de caña, del perchero, con un hermoso mango de marfil en forma de chinela patas para arriba. Se había calzado, ¡un esfuerzo como para romperse los riñones!, los zapatos finos con empeine de charol y presillas de gamuza color gorrión: (pero los tacos se habían emparejado con la suela, y de dos tajos transversales, sobre los dedos, observando bien, se entreveían las medias). Los guantes amarillos los llevaba, sí. Estaba listo. Tras los gastos enormes del hospital, del funeral, de la tumba, la bancarrota no lo había abandonado un momento; le parecía tener detrás un demonio que le tiraba de los pelos, que lo arrastraba hacia abajo, hacia abajo. Así que ese atardecer tuvo nomás que darse coraje. Atravesó el puente de hierro, que lentamente oscilaba, al paso de los camiones. El río, de noche, bajo el puente, le imponía siempre un sentimiento de espanto, como si pudiese suceder que él cayera, empujado a esas profundidades de un verde lívido, de aguas impetuosas. Cuando alcanzó la orilla opuesta, le pareció haber abordado la salvación. Se trepó en el 13. La cita era a las nueve. Ni siquiera había comido; de sólo pensar se le había ido el apetito. Tenía un papel con la dirección. Releyó: Viale Michelangelo N° 281, a unos cien pasos de la parada del tranvía. Pidió al guarda que le avisara. De la buena predisposición de la señora Esther, Malvizzi no dudaba (era el amigo que los “había puesto en contacto”, que le había presentado su caso). A él, de ella, le había contado maravillas; le había se puede decir garantizado la subvención. El corazón de una señora, de una mujer, que sabe, que intuye, que comprende. Claro que... un desconocido. ¡Pero era él quien lo presentaba! Y además... a una persona como la gente se la reconoce por la cara. Cavaliere, jubilado del Estado. Claro, dado que la señora Esther... Una garantía se necesitaba. Claro, claro... Oh, su Irma sabría perdonárselo. Nunca se hubiera imaginado caer tan bajo. Cuando el tranvía se detuvo, para él solo, quedaba una última raya de luz sobre el horizonte lejanísimo; las golondrinas se habían escapado todas del cielo; el murciélago, en Villa Guidi, ya estaba enguirnaldando los arcos y la torre con su vuelo ciego, grave, aturdido, como de ratón con alas.

Esos cipreses le dieron miedo. Los zapatos finos, de charol y gamuza, rechinaron a lo largo del sendero. Las medias, no, no, no se podían ver... a través de las dos rajaduras en el empeine; la señora Esther no prestaría atención; estaba oscuro por momentos: era de noche. Pero del portón salió corriendo, con impulsos gimnásticos, un joven, como si quisiera alcanzar el tranvía que se había alejado galopando. No miró, ni frenó, ni dijo nada; estaba oscuro; corría como un atleta; le había

rozado una manga, al pasar, sí, pero con la cara hacia el otro lado, hacia el tranvía que ya desaparecía en una curva. El cavalier Barbetti avanzó otros pasos. El joven había dejado abierta la verja; también la puerta de la casa estaba abierta, la luz encendida adentro; una débil y vieja luz de umbral. El cavalier Barbetti preguntó: ¿se puede? ¿se puede, permiso?, con gran prestancia. Esperaba que alguien preguntara: ¿quién es?, y se aprestaba a contestar: ¡una visita! Nada, nadie. La soledad imprevista, el silencio y la inmovilidad imprevista de los cipreses lo aterrorizaron. Con la mano palpó su tesoro, su “garantía” en el bolsillo del saco. Pero, ¿adónde había venido, a esa hora?, ¿en esa oscuridad?... Sintió que la garantía era justamente lo que menos le habría garantizado... en el caso... resultaba un motivo más, sí... Espantosas imágenes lo envolvieron... Su indefensa vejez... Su bastón de caña... con el mango de marfil... Se dio ánimo, no podía no dárselo después de semejante viaje; superó los dos escalones, se sacó el sombrero, preguntó otra vez: ¿Se puede?, entró. Un gato bajó las escaleras precipitadamente, saetó a través del vestíbulo, desapareció. Quién sabe, a lo mejor la señora Esther, como a veces sucede a las ancianas, era sorda... ¿O quizás estaba descompuesta? ¿El joven corría para buscar al médico?... ¿Y el teléfono, entonces?... El cavalier subió, llegó a la cima de la escalera. La puerta entreabierta de un dormitorio: en el dormitorio... la luz estaba encendida. El cavalier sintió... sintió... que a los oros y a las joyas de su Irma tenía que empeñarlos esa misma noche, a cualquier costo... Y entonces... Entonces se asomó: con una reverencia, como aquélla que una hora antes le había salido tan bien delante del espejo. Sombrero en mano, los guantes amarillos, el bastón de caña sostenido por el mango de marfil, por la chinelita... Hubo, en esa reverencia, la honorabilidad, la dignidad de toda una vida. Alzó la cabeza.

Una cosa horrenda lo miró desde la cama: con dos ojos horrendos, lo escrutaba, como el cavalier Barbetti no volvería a ver en toda su vida. Parecía que estuviese justo a punto de vomitar, la vieja: la lengua, fuera de la boca, era enorme, negra: él tuvo la impresión de que la señora Esther se hubiese vuelto loca, presa del demonio, y que por malignidad de ese demonio que la dirigía, ella, desde adentro, lo quisiera humillar, y ultrajar, a él, a su pobre Irma, a su sacrificio... a los oros de su matrimonio. Del cuello, una especie de jirón se le deshilachaba... no entendió qué era... Forcejeó con las manos, con los guantes, con el sombrero, con el bastón de caña... se retiró... El terror lo quería petrificar, habría querido correr... como el otro... Cri, cri, le sonaban bajo los pies los malditos zapatos, al bajar... cri, cri, cri...

*

Después de varios meses la policía logró identificar y arrestar al asesino. Hizo todo tipo de conjeturas, la gente, contó todo lo que se le ocurría. Cualquier cosa, dijeron. Hasta eso, ¡qué cosa!, que la señora Esther manifestaba una debilidad por el muchacho. La policía no, desde el principio: conoce el mundo: por el olor, lo conoce: es gente seria. La policía se hizo a la idea de que el joven debía haber recibido algunos préstamos, de la vieja, hasta puede ser que sin garantía, eso sí: quizás alguna confidencia imprudente: de manera que él sabía, o había adivinado, que esa noche a las nueve la señora Esther “recibiría a un cliente” (para la ocasión, el susodicho cavalier Barbetti): que por lo tanto había dinero en la casa. ¡Dinero! Dos pájaros de un tiro: cancelación de deudas, dinero fresco sin pagarés.

En el proceso, aparte del cavalier Barbetti, y el bastón de caña, y los zapatos de

charol (sobre los cuales el procurador del ex-Rey se demoró y disertó extensamente, porque hacían cri cri, y se deducía que habrían debido despertar a la señora, a la vieja: pero resultó que no la habían despertado para nada), aparte de todo esto, en el proceso, salió a relucir una sogueta: no muy vieja, y lo que importa, “muy resistente a la tracción”, como el peritaje técnico no omitió en especificar.

Notas

¹ De ambas existen aceptables traducciones al castellano: *El zafarrancho aquél de vía Merulana*, trad. de Juan Ramón Masoliver, Origen-Seix Barral, Barcelona, 1983, y *El aprendizaje del dolor*, trad. de los capítulos I-VII, de Juan Petit y Juan Ramón Masoliver, y de los caps. VIII y IX de María Nieves Muñiz, Cátedra, Madrid, 1989.